

Anaïs Nin, Henry Miller y June, su mujer. Una evocación teatral arriesgada.

Tomás Andrés Tripero. E-innova literatura.

En las fotografías: Patricia Domínguez del Pino, como Anaïs y Francisco Puerta como Henry, bajo la dirección de Benjamín Jiménez. En el primer estreno de “*Anaïs, Henry y su mujer*”. Del autor de este artículo.



Creo como Anaïs **Nin** que el erotismo femenino es, en principio, muy diferente del masculino y aunque el lenguaje de los hombres no es el más adecuado para describirlo, comparto la idea de que el lenguaje del sexo, y especialmente el lenguaje sexual llevado al teatro, está todavía por inventarse. Y tal vez lo más difícil de todo sea crear esa fusión dramática entre sexualidad, sensualidad, sentimiento y emoción.

El planteamiento erróneo fundamental del tratamiento de lo sexual ha sido el de arrinconarlo a las regiones marginales de la comunicación multimedia, haciéndolo totalmente explícito, vulgarmente mecánico o absolutamente exagerado. Olvidando, o relegando, todo lo que de verdad tiene que ver con el deseo y con el goce. La imaginación y sus fantasías, la ansiedad y la culpabilidad, la liberación de los caprichos, la concupiscencia y el afloramiento de los impulsos más profundos de la psicología humana que se forjaron desde la infancia.

Todos los poderes que ejercen su presión y dominio sobre la ciudadanía han tratado de sujetar el placer mediante las ataduras institucionales, de domesticarlo por los caminos de la monotonía, considerando extravagante e inapropiado plantearse la situación de goce como una necesidad vital y como un derecho inalienable para todos los seres humanos.

La creatividad y la innovación parecen estar bien, pero sólo durante ciertos periodos de la vida para mantener la sal de la monotonía. No debe de haber excesivas sorpresas, no hay que inventar demasiado. Conviene no arriesgar. Hay que olvidar los celos, los miedos, las lágrimas y las risas en un asunto tan serio como éste.

Enormes esfuerzos se han dedicado a domesticar la fuerza incontenible del impulso sexual, en particular el de la mujer, señalando los límites precisos entre la madurez, la perversidad y la inocencia. Por otra parte las propias mujeres defienden que, frente a la búsqueda masculina de la inmediatez del goce, ellas se encuentran más capacitadas para vincular el sexo con la palabra, la imaginación, la sensibilidad y la emoción. Como diría Walter **Benjamin** - quien destacó el poder del lenguaje sobre el cuerpo - en realidad se ama con las palabras.

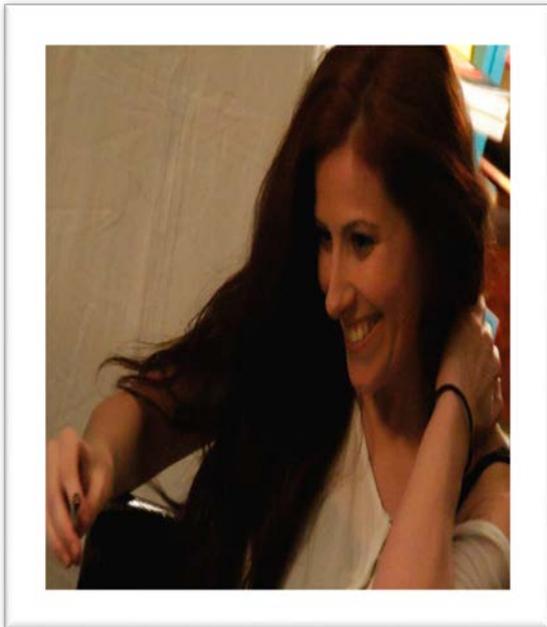
Es sabida la veneración de Anaïs **Nin** por la psicología, en particular por Otto **Rank**, quien hablara de ese temeroso sentimiento de pérdida - que luego nos atenaza a lo largo de la vida - y que no tiene otra explicación psicoanalítica que la del trauma del nacimiento. La tesis sobre *la angustia del nacimiento* fue desarrollada en su obra más destacable: *Trauma der Geburt und seine Bedeutung für die Psychoanalyse* (1924) (*El trauma del nacimiento y su significado para el psicoanálisis*)

También me he permitido acercarme mejor al mundo profundo de la psicología erótica de la mujer a través del pensamiento de otra mujer: Karen **Horney** y sus estudios sobre la *sexualidad femenina* (Alianza 1967). No obstante, aunque valiente en sus planteamientos, me ha dado la sensación de cierto distanciamiento con el objeto de su estudio.

En esos estudios, destacó el papel de la cultura tradicional patriarcal en la formación de la psique femenina, que hacía que fuera imposible determinar lo que es claramente femenino. En una conferencia titulada "*La mujer es el miedo de Acción*" (1935), argumentó que sólo cuando las mujeres se hayan liberado de las concepciones masculinizantes de la feminidad podremos llegar a descubrir la forma en que realmente se diferencian - en su psicología sexual - las mujeres de los hombres.

También he tratado, no sé hasta qué punto con éxito, de aproximarse a la *psicología femenina* de la mano de una de mis escritoras preferidas: Irène **Némirovski**, quien - como ninguna otra - ha sabido encontrar la fuerza de

la infancia, escondida en el corazón de una mujer, como determinante de sus impulsos afectivos. Sin pretender, naturalmente, que es - en estos escritos - en donde voy a encontrar toda la verdad sobre lo que busco, porque entre otras cosas no busco verdades sino sensibilidades. Anaïs, me interesa, porque relacionó sus vivencias pasionales con el arte, la literatura, la música y especialmente con **la danza** a la que dedicó gran parte de sus ilusiones vitales.



No puede dejar de haber arte, música y danza en una obra teatral sobre unos personajes que se parecen mucho a Anaïs Nin a Henry Miller y a June, la mujer de éste, pero que - aunque inspirados en ellos y en parte de sus ideas sobre la sexualidad - no son los mismos, tampoco sus palabras. Hemos querido, no obstante, rescatar la fuente de inspiración que nos dejaron y trasladarlos al Madrid actual que resiste la opresión y a la destrucción oficial de la cultura con un teatro alternativo y con una acción

teatral que transcurre en un barrio que se mueve en las fronteras de la aventura, de la innovación y la creatividad como es el de Malasaña. *El grado y la naturaleza de la sexualidad de un ser humano alcanzan hasta las cimas más altas de su espíritu” (Nietzsche)*

Pero ¿Quién era el verdadero Henry? **Henry Miller** nace en Nueva York - en 1891- y nació para ser un escritor y un gran viajero y aventurero. Aventurero, además, en todos los aspectos vitales de la palabra.

Decía Henri Wallon que le interesaba la infancia porque en ella se podía ver reflejada la esencia de cualquier ser humano., y cómo no Henry Miller no iba a ser una excepción. **La infancia** es una realidad continuamente presente en la escritura de Miller, ese recuerdo opaco y borroso de su niñez en el **distrito XIV de Nueva York**. El distrito que aglutinaba a una gran población emigrante de todas las partes del mundo. *Un hogar*, se decía, *para cualquiera de cualquier lugar: Home to Everyone From Everywhere* .

El recuerdo de un niño “*un chico de Brooklyn*” como tantos, que se había visto protegido, cuidado y amparado, que no había conocido sino alegría y despreocupación hasta los diez años. Su literatura trata de un ir y venir de la infancia a la madurez, de Nueva York a París, de la seguridad, y la fidelidad del amor, al desengaño.

Durante sus años juveniles - tal y como puede percibirse en los atisbos biográficos de *Sexus* - parece buscarse la vida como puede en la Ciudad de *Nueva York*, a cuyo paisaje y espíritu urbano rindió un culto especial en su obra.

A través de las palabras escritas de Henry podemos contemplar la vista del puente de *Brooklyn* desde el muelle, el bullicio de *Times Square* o el paisaje de *Long Island* mientras sentimos en la brisa el recuerdo de un poeta universal, *el viejo bello Walt Whitman*.

1928 va a ser una fecha significativa para Henry Miller porque va a casarse con **June**. Edith Smith (Mona en sus referencias literarias) - que no sería ni mucho menos una esposa corriente - y después de divorciarse de su primera mujer Beatrice Sylvas, de quien tuvo una hija y de cuyas relaciones “post-matrimoniales” queda testimonio en *Sexus*.

Sin horizontes por la llamada “*gran depresión*”, la primera de las grandes crisis especulativo-financieras contra la población corriente, decide - ligero de equipaje - y con casi 40 años- marcharse a Europa. Al París de 1930.

No tiene para comer ni para alojarse con el intenso frío del invierno parisino. Sobrevive como puede, pero un buen día la suerte le acompaña y conoce a Richard Osborn. Un abogado compatriota y benefactor que le ofrece un cobijo más seguro en una de las habitaciones de su apartamento y, además, 10 dólares cada día con el café del desayuno. “*El dirigió mis pasos - dice Henry - en la buena dirección*” En la que le conducía inexorablemente a Anaïs Nin.

Pero no tardará mucho Henry Miller en París en obtener su primer empleo como corrector de estilo de en el periódico “*Chicago Tribune*”. Y es así como, en 1931, el destino le depara conocer a una mujer sorprendente y decisiva en su vida y en la de June: **Anaïs Nin**, la fantasiosa “niña-mujer” española. Una mujer atractiva de veintiocho años que comenzaba a sentir el paso del tiempo y que empezaba a necesitar huir de su cómodo pero

poco estimulante ambiente de esposa formal y abnegada en un arreglado hogar de Louveciennes, en el que ella vivió desde 1931 hasta 1935.

Se trataba de un hermoso pueblo al oeste de París que había sido muy del gusto estético de los pintores impresionistas de finales del siglo XIX y que buscaron además allí su inspiración. Hoy podemos disfrutar de un gran número de pinturas del lugar de la mano de genios como Renoir, Pissarro, Sisley o Monet que muestran paisajes y temas de Louveciennes.

Fue allí en, Louveciennes, donde Henry y Anaïs fueron mutuamente seducidos por la escritura y se amaron a través de las palabras. *“¡Estoy cantando! y no a escondidas, sino en voz alta. ¡He conocido a Henry Miller! Un hombre que me gustó...amable...enérgico pero tolerante, un ser humano sensible, un hombre a quien, como a mí, la vida le embriaga”* (1 de diciembre de 1931)

Su experiencia erótico-literaria fue corta pero intensa, sus diferentes circunstancias vitales lograron separarlos, al cabo del tiempo y a causa de los avatares de la historia turbulenta del mundo que les rodeaba. Se distanciaron sí en su proximidad física pero nunca renunciaron al intento de entenderse y reconocerse, el uno a través del otro. Y ese fue su verdadero gran amor. Fue en realidad un intento prodigioso de explicarse ambos con palabras.

Al poco tiempo de su encuentro con Anaïs llega a París su esposa **June**. De quien Anaïs dijera que era la mujer más bella que jamás pudiera haber conocido. Ese sería el comienzo de una sorprendente experiencia de libertad vital entre nuestros tres personajes.

Es entonces cuando Henry Miller comienza a escribir *“Trópico de Cáncer”* en la Villa Surat de **Montparnasse**, cuya primera edición es la de 1934.

Una novela que fue perseguida y censurada por obscenidad, según las leyes estadounidenses, de la época, contra la pornografía.

Hasta 1961 no pudo ser leída abiertamente por los lectores norteamericanos pero sí de manera furtiva ya que viajó a EEUU disfrazada con la portada de **Jane Eyre**, la conocida novela de Charlotte Brontë.

Miller fue un escritor rebelde, la moral conservadora y tradicional de una sociedad norteamericana que nunca pudo tolerarle su aportación literaria a la liberación sexual, la transgresión de los principios puritanos, la denuncia de su hipocresía y de su cinismo, especialmente el de aquellos que, mientras se enriquecían de manera dudosa, defendían los valores tradicionales de la familia conservadora. Al mismo tiempo que frecuentaban los burdeles de lujo de la época.

El sexo y sus múltiples dimensiones placenteras parecía serle negado a la gente corriente que habría de conformarse, como mucho, con una sexualidad prudente y doméstica.

Pero el lenguaje del sexo puro y duro, explícito, grosero y vulgar no sólo pretendía su reconocimiento y su lugar específico en la obra literaria, como parte arraigada del vocabulario de la gente, suponía también un gesto expresionista para reflexionar sobre la propia condición humana y sus miserias. El desamparo, la desorientación, el miedo, la búsqueda incesante de la infancia, el deseo y la duda.

En 1936, publica *Primavera negra*, reconocida como el puente literario que une el Trópico de Cáncer (1934) con el de Capricornio (1939).

Se trata, nuevamente, de un ir y venir del mundo de la infancia y de la adolescencia, en su barrio de Brooklyn, en donde su padre trabajaba en una sastrería por donde desfilaban los sujetos más variopintos, magistralmente retratados en la literatura de Miller. Y es quizá en esta obra en donde de manera más clarividente se rinde culto literario y personal a **Walt Whitman**, a **Proust**, a **Lewis Carroll**, a **Joyce** y al surrealismo.

Con *Trópico de Capricornio* (1939) distribuido en EEUU, como se habrían de distribuir los libros importantes en la España Franquista a partir de ese momento - de manera oculta y disimulada - surge el fenómeno de la “*literatura underground*”. En 1940 huye de la Francia colaboracionista con el nazismo de Vichy, para instalarse en el *Big Sur* de California. **Los Trópicos**, censurados como pornográficos, fueron terminantemente prohibidos por los puritanos países anglosajones de la época hasta que ya en 1964, la Corte Suprema de los Estados Unidos se ve en la necesidad de anular la condena de Miller por obscenidad y hacer libremente pública su obra.

Y va a ser en 1949 cuando comienza la andadura de *La crucifixión rosa*, la gran trilogía compuesta por *Sexus*(1949), *Plexus*(1953) y *Nexus*(1960). **Sexus** (1949) Es una obra marcada por los aspectos complicados y traumáticos del divorcio con su primera esposa y su posterior matrimonio con **June**, la mujer que sería esencial inspiradora de la gran experiencia amorosa compartida entre ella, su marido y Anaïs Nin.

Pero es además la nostalgia del Nueva York de su Juventud, del recuerdo de muchos de amantes, amigos y conocidos con los que compartía las penurias de una vida difícil. Son los primeros pasos del nacimiento de su vocación literaria, de la fascinación por la lectura y la escritura. Los episodios escandalosos y provocativos no son más que ráfagas luminosas que le sirven para hacer filosofía de la lucha por la vida, la de él mismo y la de otros con los que se comparte escenas de un especial lirismo y humanidad. El sexo es lo de menos, lo de más la realidad del amor y de la libertad entre los seres humanos.

Plexus. (1953) Recrea, de nuevo, mediante cinematográficos *flash backs* los recuerdos de infancia de Miller. Es el encuentro apasionado y definitivo con la escritura. No hay otro deber, no hay otra pasión que la de ser escritor que la de escribir. Por difícil que sea, por imposible que parezca, aunque haya que sacrificarlo todo, las comodidades, incluso el trabajo precario, contra viento y marea. Las dificultades, muchas, se dulcifican con las pinceladas magistrales de su humor.

Es una **novela íntima del niño que se hace hombre** y escritor en esa sociedad, sin alma, de la especulación financiera y de la opresión económica y social contra los seres humanos.

Nexus (1960) Supone el especial y sorprendente encuentro amoroso de las tres extraordinarias figura, la del propio Henry, June y “Anastasia”, obviamente Anaïs Nin.

Henry Miller y Anaïs Nin vivieron una década de esplendor amoroso, en los años 30. Sus diferentes compromisos vitales, las circunstancias diversas de sus vidas, lograron finalmente separarles, pero ni siquiera el paso de los largos años impidió que su amor fuera la constante inalterable de sus vidas.

Quienes habían compartido libertad y amor, lograron lo más difícil, permanecerse fieles, durante toda la vida, en el sentimiento y en la memoria.

En la **última carta de Henry a Anaïs** le dice entre otras cosas:



“Mi querida Anaïs: ¿Qué son las despedidas sino saludos de tristeza?...Anaïs, no creo que nadie haya sido tan feliz como lo fuimos nosotros. No creo que, en la historia del hombre y de la mujer, haya existido un hombre y una mujer como tú....Recuerdo tu diario rojo, que tirabas en la humedad de la cama, entre tus labios entreabiertos y mi deseo. Te deseo con la desesperación y el anhelo de lo imposible....y ya te has ido y tal vez, en un sueño imaginativo y romántico, leerás estas palabras una y

otra vez, en medio de mi ciudad, con la gente pasando en medio de las calles y la sorpresa en tus ojos.

Mi querida Anaïs, *ma appetite, ma Jolie*...Te extraño a casi todas las horas: cuando escribo, cuando te pienso....cuando me acuerdo de las horas interminables entre el humo de la velas y whisky. Ya nos encontraremos en otras vidas y en otras vidas podré poseerte y quedarme contigo para siempre. Y te veré sonriendo en medio de la nieve y entre libros y vino. Adiós Anaïs.”

Tras el estreno de “Anaïs, Henry y su mujer”. Se acerca la nueva puesta en escena de ***“Anaïs@June”***. Una arriesgada recreación de la relación de las dos mujeres trasladada al Madrid actual.